

En aras de la vida

© Antonio Fernández Díez

Anhelamos la maternidad que la filosofía ofrece acogedoramente a cuantos hijos tiene, nos exhortamos unos a otros a pensar en el pensamiento que nos proporcionó cuantas ciencias y conocimientos hay, así como esperamos morir con la calma que una vida libre nos dispense. Un asno nunca podrá enseñar nada a un caballo, y mucho menos educarlo. Un asno sólo debe tratar con asnos y un pobre grillado petardero sólo puede mostrar su vacuo arte de la pólvora a través del ruido para hacerse escuchar. Ésta es la realidad. Es precisa una elección inmediata, y de por vida, entre el rebuzno y el relinche, entre el cínico fogoso y el luchador pacífico. Algunos comentarán: “Y pensar que crié un asno que iba a luchar contra un caballo”, y se arrepentirán el resto de su vida. No puede transcurrir un sólo día en vano. Se posee libertad de decisión cuando entablamos combate con la posibilidad, sin embargo, la indiferencia es inútil y, la mayoría de las veces, engañosa y aparente, pues quien no decide ya ha decidido, ha decidido no decidir, ha admitido que ve el error y que se está bien en él.

A pesar de permanecer por obligación -si lamentablemente *se quiere ser* en la vida- bajo las imposiciones superfluas del tirano, siempre hubiera deseado recibir una educación digna que valorara el apetito intelectual de los alumnos más que el gusto ya atrofiado del profesor, extendiéndose en decadencia sobre verdes prados vírgenes que anhelan madurar sin ataduras. Todos tenemos un *valle de las almas pálidas* que la educación debe suplir o, al menos, relentecer. No queremos contemplar el eterno reflejo de una vieja sombra.